



CANTO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO. — Varios resucitados se aparecen á Neftoa, Diléano, Dorcas, Cidlia, Esteban, Bernabé José, levita de Chipre, Porcia, y Beor. — Abrahan y Moisés quieren aparecerse á Saul, y el arcangel San Gabriel se lo prohíbe. — Aparécense otros resucitados á Sama; Joel, su hijo; Elkanan; al joven Boa, y á la madre de Jesus. — Trasfiguracion de Cidlia y de Sémida.

Ven á inspirarme de nuevo, meditacion santa de la vida eterna, tú que con tanta frecuencia has penetrado mi alma con tus piadosos temores y dulce melancolía; porque cuando acontecieron en la tierra los prodigios que en mis cantos celebro,

reinaba en ella la vida eterna, y salieron los muertos de sus tumbas para iniciar á los primeros cristianos en las celestiales bienaventuranzas.

Poco numeroso era aun el rebaño de los fieles, sagrado nucleo que echará profundas raíces en la tierra, y del cual saldrá el arbol robusto, cuyas ramas, siempre verdes, se elevarán hasta el cielo. Bajo ese arbol se acojerán *los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos*¹, y toda aquella muchedumbre, innumerable como las arenas del mar, que con los primeros ha de cantar *el himno del Trono*, himno que solo á ellos será dado aprender, porque fueron los primeros redimidos, y tambien los primeros imitadores del cordero inmaculado. Y la muchedumbre innumerable, compuesta de todas las tribus y naciones de la tierra, recibirá brillantes palmas; y reuniráse en torno del trono, y saludaránla los ángeles postrándose ante ella; porque para llegar á los cielos aquellos que la componen, habrán antes padecido inmensas calamidades y crueles tormentos, y lavado sus vestiduras en la sangre del cordero.

¹ Todo este pasage es imitacion del capitulo VII del Apocalipsis, donde san Juan refiere como un angel señalaba en la frente á los elegidos de las doce tribus de Israel, que fueron *ciento cuarenta y cuatro mil*, doce mil de cada una de ellas; y despues que vió *una grande muchedumbre que ninguno podia contar, de todas naciones, tribus y lenguas, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos.* (Ibid. vers. 5.) — T. F.

El sagrado nucleo donde germina el arbol de la salud dormita aun bajo la corteza de la antigua ley, aguardando á que, por medio de los resucitados, se le llame por vez primera á la vida eterna; y ya los resucitados se preparan á cumplir tan grata y santa obligacion. Su padre, el padre de los vivos y de los muertos, viéndolos acercarse á los muros de Salem, les dijo:

« Id, id, hijos míos, que ya sonó la hora de las apariciones. Enseñad á los futuros cristianos la angosta senda de la salud; inspirad á sus almas la sed ardiente y santa que solo podrán satisfacer en las fuentes de la vida eterna. Aquel que fundó la *alianza* de amor y de misericordia os permite elegir entre vuestros futuros hermanos: recaiga, pues, vuestra eleccion en corazones ingenuos y sencillos como lo son los corazones de los niños. Si os engañoseis, un murmullo, que oireis en el trono del Señor, os advertirá de vuestro error. Id y gozad de la inefable dicha de darle herederos al reino de la luz. »

Desde el día en que, tomándole Jesus en sus brazos, le bendijo y le presentó al pueblo para que en él tomase ejemplo de candor y de ingenuidad, Neftoa, amable niño, á quien su padre puso por nombre el de uno de los mas cristalinos manantiales de Efraim, habiase hecho grave y pensativo. Inca-paz ya de alegrarse con los estrepitosos juegos de

los niños de su edad, buscaba en el retiro y en la meditacion goces mas puros y tranquilos; y sin embargo apenas contaba Neftoa entonces ocho primavera: pero un soplo divino maduró su vida, y la bendicion del Salvador, que siempre reposa sobre su cabeza, le guía y sostiene. Con ardientes oraciones saluda el niño á la aurora del dia de la resurreccion; hallóle la noche del mismo postrado en el retiro de su estancia solitaria, y su alma dirigió al Eterno este inocente cántico:

« ¡Tú me oyes, Señor! ¡Oh! sí; sé que me oyes aunque nunca me lo has dicho. Siempre vuelvo á tí, y te imploro confiadamente, Padre de todas las criaturas del cielo y de la tierra. Todos nos humillamos ante tu eterno trono; y nosotros, los que viviendo acá abajo tenemos el llanto por único patrimonio, te adoramos sumidos en el polvo. Sobre las nubes te celebran los bienaventurados que de llorar cesaron; y los ángeles, que nunca derramaron lágrimas, te glorifican en medio de los luminosos rayos de tus astros. Todos pedimos que aumentes nuestra felicidad; pero tranquilamente los de las etereas regiones, mientras que nosotros, pobres desterrados en este valle de las tumbas, te rogamos, llenos de ansiedad, que nos llames á la vida eterna... Bendíjome el mayor de los profetas: ¿solo para este mundo me servirá su bendicion? ¿No producirá mas que flores pasajeras como las de

nuestros jardines? No, no, ¡que está ligada con la eternidad aquella bendicion!... Todavía no sé qué cosa sea una bendicion para la vida eterna; y mi vista es harto debil para que distinga la senda por donde ha de conducirme *aquel* que me bendijo: á tu clemencia me entrego, Dios Todopoderoso; y hágase tu voluntad. Mi alma, sumida en las tinieblas de la ignorancia, no acierta á comprenderte; pero en tí espero... ¿Y qué es la vida de este mundo? Un soplo pasajero y abrasador, que agitando el capullo de la flor apenas abierta la seca, inclinando su tallo al polvo, dispuesto siempre á cubrirla... Pero, ¿porqué siento una vaga inquietud que me mueve á desear el conocimiento de cosas que debo ignorar? ¿No seria mas bien mi obligacion esperar, como planta que crece en árida tierra, á que el jardinero previsor viniese á trasplantarme al fertil suelo de la luz y de la paz?... ¿Qué puedo esperar saber en medio de las profundas tinieblas que oscurecen mi alma? ¿No son innumerables las cosas que ignoro?... Cálmate, corazon demasiado ardiente; un dia satisfará la sed de saber que te abrasa, el mismo que te la dió...; O tú que no has dejado á mi infancia mas que la melancólica sonrisa de la esperanza! ¿quieres que vuelva á reunirme con los niños mis compañeros? ¿que solo hable con ellos de los placeres propios de nuestra edad, y que espere en medio de locos juegos, á que

la sabiduría del cielo venga á iluminarme?... ¡Porque tal era mi estado cuando me tomaste para bendirme á la faz de todo el pueblo reunido! »

Así cantó el niño Neftoa, y su angel custodio que de pie estaba á su lado, escribió su dulcísima oracion en una página del libro de la vida. Mientras que bajo la mano del Inmortal surgian ardientes caracteres, Benoni, el resucitado hijo de Samma, se aproxima, y ya contempla á la piadosa criatura, ya al serafin que con el dedo le señala la página en que ha escrito el cántico de Neftoa. Leyó Benoni, pero hubo de reprimir su admiracion para escuchar al inocente que volvió á orar diciendo :

« ¡ Alabado y glorificado seas, tú que de beneficios me has colmado, tú que has hecho que me bendijera el mayor de los profetas! Innumerables son tus hijos en la tierra, y pocos sin embargo los capaces de celebrar dignamente tu bondad infinita que en cuanto existe se manifiesta. De ella da testimonio desde que por primera vez se sonrie la debil criatura á quien su madre alimenta con sus pechos; séale tambien permitido á mi debil voz cantar tus alabanzas; porque, tu profeta lo ha dicho, Señor, tú no desdeñas las plegarias de los balbucientes niños. »

Quería Benoni presentarse al hermano que ha elegido bajo la forma de un niño, de los que habian venido á Jerusalem para celebrar la Pascua; pero,

haciéndole su emocion olvidar la prudencia, apareciósele de pronto, graciosamente envuelto en una radiante nube. Miróle Neftoa sin estremecerse, porque su espíritu se hallaba familiarizado con las celestiales visiones que largo tiempo hacia embellecian sus ensueños. Juguetando pues, con los dorados rizos de la graciosa cabellera de Benoni, y despues de mirarle con dulce sonrisa, le dijo con acento de ternura y de ingenuidad :

« Sé que quien á mí te envia es el profeta. ¿ De donde vienes?... ¿ Y qué me importa, pues que eres mensajero de paz y de felicidad? Habla y acompaña tu voz con el arpa celestial que tienes en las manos. Canta, hijo de la luz, canta la gloria de Dios y la bienaventuranza de los hijos de la tierra que á sí se ha dignado llamar. Tuve yo una hermanita bella é inocente como los ángeles; víla dormirse en un lecho de rosas acariciada por el blando aliento de la brisa matutina, y no ha vuelto á despertarse. ¿ Vienes á traerme algun mensaje de su parte?... ¿ Qué te ha dicho?... Gracias doy al Señor, porque tan cerca de la cuna ha puesto el sepulcro : « Tambien Neftoa morirá pronto ; » eso es lo que te ha dicho mi hermana. ¿ No es así?... ¡ Oh ! ; te ruego que no vuelvas á donde está mi hermana sin llevarme contigo !... ¿ No me respondes, mensajero de Dios? ¿ Te habrán ofendido mis preguntas ?

« Tu santa y candorosa alegría es la que hasta aquí me ha tenido mudo, caro Neftoa. Sí, el Señor es quien á tí me envía. Jesus, aun lo ignoras, Jesus ha muerto en la cruz ; pero ya ha resucitado, y pronto volverá á subir á su eterno trono. Entonces sus predilectos darán testimonio de su muerte, de su resurreccion, y de su regreso al reino de los cielos. Escúchalos á esos primeros entre los elegidos, y ellos te enseñarán cuanto un mortal puede y debe saber para caminar, siguiendo sus huellas : y un dia te recibirá tu hermanita bajo la embalsamada sombra del arbol de la vida. A Dios, caro Neftoa, me es preciso dejarte.

« Quédate, ¡ oh ! quédate, te ruego ; déjame contemplar tu rostro brillante y suave como los primeros albores del naciente dia. »

Mas ya Benoni habia desaparecido, y Neftoa, creyendo verle, aun le llamaba tendiéndole los brazos. Apercibiéndose al fin de que su celestial amigo le ha dejado, levantó sus manos al cielo, sonriéndose en medio del llanto que le inundaba el rostro ; porque comprende que ya en adelante no caminará solo por la tierra. Benoni y su angel custodio permanecian entre tanto á su lado, aunque invisibles ; y con santo gozo le oyeron dar gracias al Dios de misericordia por haberle enviado á tan gracioso mensajero, como precursor de mas altas revelaciones.

Dileano habia conocido y amado á Jesus : así que supo su muerte, pasó á Jerusalem esperando recibir allí la dichosa nueva de su resurreccion ; pero las vagas, inconexas y contradictorias especies que en la ciudad circulaban sobre aquel suceso, sirvieron solo para llenarle de dudas y desaliento. Una tarde despues de buscar inútilmente algun consuelo á su dolor, paseando por los risueños campos que la primavera adornaba con todo el lujo de sus lozanas galas, sorprendióle la noche cerca del monte de los Olivos ; y pensando que á la ciudad regresaba, se encontró, sin saberlo, bajo las sepulcrales bóvedas. En aquel lúgubre recinto oyó confusos rumores, entre los cuales creyó distinguir bramido del torrente del Cedron, y el murmullo de las hojas de las palmeras del valle de Getsemani : mas divisando, casi al mismo tiempo, una llama vacilante que en lontananza brillaba, llegó, siguiendo la direccion que aquella le indicaba, á un sepulcro, del cual se ocupaban varios hombres en extraer los huesos que contenia. Era aquel enterramiento de una familia, cuyo gefe, entonces miserable, se lo habia vendido á un hombre rico, y los restos de los abuelos del pobre se veian espulsados del que al morir imaginaron último y seguro ásilo. Dileano, tomando una de las antorchas que alumbraban á los trabajadores, se internó hasta el fondo de la bóveda, y desde allí apoyado con-

tra la roca, contemplaba en silencio el siniestro trabajo de aquellos hombres que, cargados de humanos huesos, se apartaban con lento paso del sepulcro, para volver á él con aire indiferente á cargarse de nuevo con mas huesos.

« ¡O vosotros cuyo reposo se turba en este momento! dijo para sí Dileano: ¡envidio vuestra suerte; sois felices!... Tambien yo lo seré, cuando lo que de mí quede sea un monton de cenizas... Tenia un amigo fiel; una muger á quien amaba iba á unir al mio su destino: ¡entrambos han muerto!.. Jesus, el mayor de los profetas, me ha enseñado á buscar la felicidad mas allá de la tumba... ¿Debo creer aun que haya una vida eterna? ¿Puede Dios prepararles perdurables bienaventuranzas á los hombres, cuando consienten que el mas virtuoso de todos perezca víctima de la perversidad de los peores? ¿No soy, en efecto, mas que un puñado de polvo, que el helado ambiente de la tumba ha de dispersar para siempre?... ¿Duerme Jesus en el sueño de la muerte ó ha resucitado?... ¡Ni una voz responde á tan terribles preguntas! A vosotros os las dirijo, en fin; á vosotros que largo tiempo há dormís envueltos en los sudarios... No pregunto al polvo de vuestros huesos, no, sino al aliento que os animaba... ¿Qué se hizo de él? ¿Mora en el reino de la luz?... ¿Es allí dichoso? ¿es insensible á las penas de sus hermanos, los que, presos

todavía en estos caducos lazos del cuerpo, dudan y padecen?... »

Terminaron los trabajadores su tarea; desierto y silencioso quedó el sepulcro; y Dileano, viéndose solo, se entrega sin reserva alguna á su emocion, y clama :

« ¿En donde estais, misteriosos moradores de los cuerpos que en este lugar han sido presa de la destruccion?... Resucitaron los huesos de Eliseo á un cadaver; luego cerca de él estaba y vivo su espíritu, porque lo que muerto está no puede dar vida. Si aquí hay un alma, una sola, que venga y me revele el porvenir... ¡Sin temor veré al espíritu á quien llamo!... Si te llamo, alma, seas la que fueres; ¡y por la memoria de los últimos dolores que te privaron del pensamiento, por aquellas angustias postreras de tu agonía que ya te mostraban las delicias del cielo, ya los horrores de la nada, te ruego y conjuro que te me aparezcas! »

Acercóse en esto suavemente al desdichado, cuya desesperacion la entenece é interesa, Tirza, madre de los siete mártires, que es quien á los sepulcros condujo á Dileano. La desposada de este y su fiel amigo velan, con la resucitada, sobre aquel su amado, para que la desesperacion no le arrastre al precipicio. Quería el espíritu de la amante doncella, asustado por la imprecacion que acaba de oír al que debia ser su esposo, aparecérselo

desde luego ; mas Tirza se lo impidió recordándole que solo á ella tocaba el hacerlo.

Entre tanto, desesperando Dileano de que las sombras á quienes ha invocado no respondiesen á sus conjuros, volvió á decir con ahogada voz :

« Compañero querido de mi infancia, y tú, mi angel custodio bajo la forma de una muger, entrambos me habeis abandonado, dejándome solo en medio de las tinieblas de la noche... ¿Qué veo? Un ser fantástico se forma... se levanta... sale de la oscuridad... se me acerca... »

Y pronunciando estas palabras, salió al encuentro á Tirza que en todo el esplendor de su inmortalidad se le aparecia. Estremeciöse, empero, Dileano : ya se detiene, ya de nuevo camina : contempla á la vision, y, en fin, con voz turbada y trémulo acento, dice :

« ¿Serás capaz de comprenderme, ó eres uno de los nocturnos vapores, una de las efímeras exhalaciones que cruzan por las tinieblas ; ó bien fantástica vision hija de mi enfermo cerebro? »

Sonrióse Tirza con celestial espresion y el manco prosiguió diciendo :

« Habla : ¿quien eres? »

Y la madre de los siete mártires respondió, en fin, con voz armoniosa que gratos repitieron los ecos de las sepulcrales bóvedas :

« ¿Quien soy?... Mas tarde lo sabrás : por ahora conténtate con aprovecharte de lo que á enseñarte vengo. No creas que vales mas que tus hermanos porque se digna aparecésete uno de los seres que moran en los valles de la eterna paz. Hijo de Dios, como todos nosotros, es el ciego de nacimiento á quien Jesus dió la vista ; si á la luz se han abierto sus ojos ha sido para que pueda dar testimonio, cuando llegue la ocasion, de la gloria de su Salvador. En el número de los testigos serás contado ; y á fin de que tengas las fuerzas necesarias para desempeñar tan noble tarea, vengo á decirte : ¡Jesus ha resucitado ! Loco serás si imaginas que respondo á los conjuros que tu desesperacion te ha sugerido : Dios, que algunas veces perdona al que duda, nunca recompensa la incredulidad ; y nada es bastante á modificar sus inmutables designios. ¡Aun cuando la especie humana toda entera llegase á dudar de la existencia de la futura vida, no por eso dejaria de convencerse, al fin de los tiempos, de que para ella comienza la eternidad mas allá de la tumba ! »

Dejó de hablar y resonaron en torno los ecos de la trompa, y de atronadoras voces sin que Dileano acertase á distinguir de donde salian aquellos terribles sonidos que de espanto le llenaban. Mas pronto sucedió á tanto estrépito una melodiosa armonía, á cuyo influjo, trasportada su alma á las regio-

nes celestiales, oyó repetir en ellas las últimas palabras de Tirza.

Sombrio y silencioso ha vuelto á quedar el sepulcro, y Dileano se postra y ora :

« ¡ O tú que acabas de aparecérteme ! ¡ Ya no me atrevo á interrogarte, y me humillo en el polvo ante el Dios que te ha enviado !... Perdona, ó vencedor de la muerte, mis dudas y temores ; haz que me sea dado tocar la meta que en el término de mi carrera acabas de mostrarme, y entonces cuando llegue mi última hora, feliz y tranquilo me elevaré hácia tí y hácia las amadas prendas de mi corazón. »

Tirza, ya entonces invisible, le dijo estas consoladoras palabras :

« Pues que á interrogarme no te atreves te has hecho digno de que te responda. Soy la madre de los siete mártires ; á mi lado estan tu desposada y amigo ; juntos vamos á volvernos al reino de la luz á donde un día nos hallarás : pero antes te espera en la tierra alta ventura, el Mesías va á Galilea, donde ha de mostrarse á quinientos fieles reunidos de los cuales uno serás tú. »

Nada mas oyó Dileano, mas parecióle que por tres veces acariciaba su mejilla un suspiro de amor y de amistad. Sumido en santo éstasis salió de las tumbas dirigiéndose al punto del horizonte, donde el sol comenzaba á lucir, y volviendo con frecuencia la cabeza para contemplar la bóveda sepulcral

donde el Mesías se dignó enviarle un consuelo celeste.

Dorcas¹, la mas habil de las bordadoras de Jope² está sentada ante una alfombra de Tiro, en la cual borda un cuadro mas sombrio que los que ordinariamente producen femeninas manos. Una tumba, la de la madre de Benoni, que no ha podido sobrevivir á la deplorable muerte de su amado hijo, es la que la aguja de Dorcas estampa en el fondo de la alfombra. Inspirada por sus melancólicos pensamientos, representa á Raquel³ arrodillada junto al monumento fúnebre, y cerca de ella á su hijo Benjamin clavándole un puñal en el corazón, y apartando de ella sus ojos llenos de lágrimas. Imaginaba la acalorada fantasía de la santa artífice ver teñirse en sangre el puñal que bordaba, cuando pálida y trémula entró inopinadamente una muger desconocida : era Débora, Luengas vestiduras de luto cubren su cuerpo, ha tomado la forma de una muger joven y hermosa ;

¹ *Tabita*, dice el testo, pero como segun el versículo 36 del cap. IX de los Hechos de los Apóstoles, quiere decir aquella palabra lo mismo que *Dorcas*, he preferido la última como mas análoga á la indole de la lengua castellana. — T. E.

² Era *Tabita* ó *Dorcas* una de las mas célebres bordadoras de Jope; murió y resucitóla San Pedro, milagro que convirtió á la fe de Cristo á gran número de Gentiles y de Judíos. (Hechos de los Apóstoles, cap. IX.) T. E.

³ Raquel, esposa de Jacob, madre de Benjamin. — T. E.

pero en su rostro trae pintado el dolor. Así las nubes que algunas veces anublan una mañana de primavera, en vez de disminuir sus encantos suelen prestarla cierto misterioso atractivo, que transporta el alma á las incógnitas regiones de la otra vida.

« Acabo de acompañar á la mas cara de mis amigas hasta su última morada, dijo la Profetisa, fáltanme las fuerzas, permítete que un instante me repose cerca de tí... ¡Reposar digo! Mi amiga es la que ya reposa, pero para mí que tanto la he amado solo quedan lágrimas en este valle. »

Diciendo así apoyóse en su arpa, que produjo lastimeros sonos, y prosiguió :

« Vuelve á tu trabajo, que en él sangra tambien una herida para la cual no hay bálsamo en la tierra, y deja sangrar á la mía⁴. »

Volvió Dorcas á tomar en silencio la aguja y seda que habia dejado; Débora puso las manos en las cuerdas de su arpa, y las cuerdas produjeron sonidos semejantes al murmullo de un arroyo, que corre por medio de un espeso bosque donde reina el silencio amenazador, que precede y anuncia á la

⁴ La amiga, cuya muerte llora la Profetisa, es la misma Dorcas á quien ya supone muerta en este cántico. El objeto de tal ficción, así como el de las revelaciones misteriosamente proféticas que hace Débora á la bordadora de Jope, parece ser el de prepararla á la suerte que le espera. — T. F.

tempestad. Muda y asombrada escucha Dorcas aquella música, subiendo de punto su enagenamiento cuando la profetisa, uniendo su voz á los armónicos sonos del arpa, cantó de esta manera :

« Dios todo poderoso, en tu presencia recibirá el premio de sus virtudes la muerta á quien por hermana escogí. ¿Qué son las penas de esta corta vida comparadas con las eternas recompensas que tú les preparas? Murió en la flor de su edad : ¿pero qué importa que perezca al soplo abrasador del viento el tierno capullo de la rosa, cuando ya la tempestad derribó en la cima del Gólgota al cedro divino? ¡En su terrible caída hizo estremecerse á los sepulcros y á los montes de la tierra; desquició á los orbes que en los espacios giran! »

Dejó de cantar y por un momento fueron apenas perceptibles los melancólicos sonos del arpa; mas luego vibraron de nuevo las cuerdas y prosiguió su himno la profetisa :

« Algunos mortales sumidos en llanto, y todos los moradores del empíreo, invisibles bajo sus largos velos de luto, componian el fúnebre acompañamiento del que murió en la cruz. No oyó la tierra su cántico de muerte, lúgubre como los últimos suspiros de los primogénitos niños inmolados, en las orillas del rio de los siete brazos¹. Pero voso-

¹ Alude á la degollacion de los primogénitos de los Egipcios por el

tres lo oísteis, luminosos astros; y tú, eterna balanza del Juez supremo, también lo escuchaste. Una roca, penosamente arrastrada hasta la boca de la tumba, sirvió para cerrarla; confuso rumor resonó bajo la bóveda sepulcral y subió hasta el cielo envuelto en el polvo de la tierra. El muerto durmió y vosotros continuasteis vuestra eterna carrera, ¡ó silenciosas estrellas!... ¡El muerto no durmió largo tiempo: apenas las constelaciones habían andado un paso más en sus órbitas inmensas, apenas se había inclinado uno de los platos de la balanza del Juez supremo, y ya el divino muerto no dormía! El Salvador ha resucitado en toda su gloria y magnificencia. Celebremos su resurrección, nosotros á quienes ha escogido para dar testimonio de su grandeza... La muger que reclinada sobre esa tumba representó tu aguja, ó Dorcas, y ese hijo que clava un puñal en su maternal corazón, se cuentan ambos en el número de los infinitos testigos del Mesías... ¿Te asombro, pobre mortal? ¿Imaginabas pues que el imperio de la destrucción, no tenía límites, y que era eterno el sueño que se duerme en las entrañas de la tierra?»

Quiso Dorcas acercarse á la profetisa, pero contúvola un poder sobrenatural; y Débora prosiguió:

angel exterminador; y el río, que Klopstock llama de los siete brazos, es el Nilo. — T. E.

« ¡Escucha, tú más que otros has menester instruirte en los secretos de la resurrección; tú más que otros has menester consuelos, porque morirás dos veces! Tu primera muerte es la que me ves llorar á mí que tiernamente te amo. Sábelo en fin, cara Dorcas: la voz del Mediador ha despertado á aquellos de sus elegidos que en el sepulcro dormían, como un día los despertará á todos. Cuando la tierra reclame tus mortales despojos, duérmete con la dulce certidumbre de que segunda vez serás creada. Ni las tinieblas del sepulcro, ni el siniestro son de la tierra cayendo sobre el ataúd, ni el silencio de las solitarias tumbas, ni las asquerosas imágenes de la destrucción pueden atemorizar al que sabe que en el día del juicio universal le llamará Dios á la vida de los ángeles. »

Vibraron solas las cuerdas del arpa hablando en celestial idioma: mas pronto volvió Débora á unir á sus sonidos su profético acento.

« ¿Cómo pintarte lo que sentí cuando animada de nueva vida salvé los límites de mi sepulcro cubierto de flores, convirtiéndose en cuerpo inmortal mi cadáver caduco; cuando en alas de los querubines descendió hasta mí la trasfiguración? Mis ojos buscaban en vano el trono de aquel que por segunda vez me había creado, y cuyo divino aliento me anunciaba su presencia. »

Gradualmente se fué debilitando el cántico de